



El Pintor de México.

—Pero vd., señorita, no puede hacerme creer que mira al mundo con la indiferencia de un filósofo; al menos, así me lo dan á entender estas palabras de vd. “Si yo sintiese alguna inclinación en mí hacia alguna persona, me ausentaria de México para no causar la desgracia de mis hijos;” y esto me parece que vale tanto como decir: “Cuando sienta el amor, huiré de él, porque no me hallo con fuerza bastante para resistirlo.”

—Así es, señor mío; pero por otra parte pienso también que si alguno viniese á revelarme su amor, se me haría muy sospechoso.

—¡Sospechoso! ¿Por qué?

—Porque una mujer que tiene algunas proporciones y ningún atractivo...

—Dispense vd. que la interrumpa... esto último no es muy cierto. Continúe vd.

—No puede ser solicitada más que por interés.

—Tal vez habrá almas tan bajas, que abriguen estos sentimientos; yo no puedo casi ni aun concebirlo, porque cuando amo á una mujer, es mi amor tan puro, tan desprendido del todo de la tierra, tan superior á las preocupaciones generales, que quisiera espiritualizarlo, si puedo explicarme así, y pasarlo intacto al corazón de mi amada, sin que se empañase su brillo y su pureza con la inmunda vista de los mortales. Yo no veo edad, ni hermosura, ni rango, ni relaciones, y mucho menos el qué dirán; no veo más que mi pasión, y como es tan noble, tan pura, la creo digna de la mejor mujer que habite la tierra... Es preciso cortar esta conversación y retirarme.

—Aguarde vd. otro rato; aún no es muy tarde.

—Pudiera en efecto, pero me parece que ya es mucho tiempo el que he estado, y pueden sospechar...

—No, aquí no hay quien sospeche.

—Sin embargo, otro día tendré el gusto de ver á vd. La semana que entra... Adiós, mi señora.

Y diciendo esto, me puse el sombrero y comencé á bajar la elevada escalera de

una gran casa de México. "Dios mío, Dios mío! decía para mí al tiempo de bajar, ¿quién pudiera penetrar en el corazón de esta mujer y registrar sus pasiones, y ver si aun siquiera comienza á encenderse el amor en su seno? El fuego que yo siento en el mío tan ardiente, que ni el torrente de lágrimas que he vertido ha podido calmar, puede ser que haya entibiado su corazón. Parecíame cuando le hablaba, que mis ojos relucían con la claridad de la llama de mi pecho; ella tal vez así lo conoció... sí, sin duda... y si no, ¿por qué me dijo cuando me iba yo, aguarde vd. otro rato?... "Locura mía; ¿puede amar ella, rica, mimada, adulada... á un hombre oscuro, pobre, maltratado por la suerte?... No, ella se burlaba, ella conocía mi pasión, y quería divertirse conmigo... Olvidémosla."

Y eché á andar por esas anchas y largas calles de México, pensando unas veces en buscar á mi querida, y otras en olvidar hasta su nombre.

Llegada la noche de este memorable día, cuando el trato del mundo dejó en sosiego mi cabeza, me entregué con todo el ardor de mis veinticinco años á mil reflexiones sobre la conversación que había tenido: comenzaron involuntariamente á rodar las lágrimas de mis ojos, y á atropellarse mis suspiros. El sueño me sorprendió con la idea de

mi amada; pude dormir, pero también soñaba yo con lo mismo que había ocupado este día mi corazón.

Habían pasado cinco días, cuando inesperadamente me encontré cara á cara con L....

—Señorita, le dije descubriéndome la cabeza y lleno de gusto, ¿vd. está buena?

Respuestas á media voz y fría despedida. —Esto es culpa mía, me dije, ¿por qué no he ido á visitarla?... pero sin que ella me manifieste el deseo de verme, sin tener para ello una causa ni aun ligera, sin pretexto casi que poner... no puede ser; es preciso olvidarla.

Ocho días pasaron, y luego la ví en un elegante coche, llena de brillo y de contento. Yo iba á pie, casi no tenía valor de saludarla, ella se adelantó á hacerlo con una expresión, con una tal instancia, que dejó satisfecho mi amor. Nuevos tormentos; quise resolverme el día siguiente á visitarla, y aunque sin ningún motivo para hacerlo, me alentaba el saludo del día anterior. Al llegar á la puerta de su casa, un temor desconocido para mí, me hizo volver atrás y dirigirme á la mía. Al entrar en ella, encontré una carta con el sobrescrito para mí; la letra me era desconocida, abríla, y busqué la firma.... L.... Decía así:

“Estimado señor: tengo que hablar con vd. de un asunto que mucho le interesa; sír-

vase pues pasar á esta su casa mañana en punto de la una, que es hora en que podemos estar solos.

Su afectísima L....

“¡En que podemos estar solos! “¡estar solos!” Vaya, esto es hecho: L.... no me ve con indiferencia; L.... me ama tal vez... Y al decir yo “me ama tal vez,” volvía la cara á todas partes, temeroso de que alguno hubiese oído este rasgo de presunción.

Al día siguiente, en punto de la una, estaba yo tocando la vidriera de la asistencia de L.... Una costurera salió á abrirme.

—Avísele vd. á la señorita que la buscan.

—¿Su gracia de vd? me preguntó.

—Dígale vd. que es Domingo Manrique.

—Aguarde vd., me dijo poniendo la punta de los dedos en la frente, y fijando la vista en el suelo, como para recordar algo; mi ama no está en casa.

—Entre vd. á ver, puede que esté vd. equivocada, le dije con palabras entrecortadas y con el rostro ardiente de vergüenza.

—Es inútil; salió desde esta mañana temprano, con intención de quedarse á comer en casa de la condesa de....

La rabia se apoderó de mi corazón; L.... se había burlado de mí; ¿qué más pruebas quería yo para convencerme? Sin embargo, quise cerciorarme, y pasé á casa de

la ex-condesa de.... donde en efecto estaba L.... desde las diez de la mañana. Al oír esta noticia tomé mi resolución de no verla más; pero al paso que deseaba yo olvidarla, mi cabeza no tenía otra imagen esculpida más que la de la hermosa L.... y por una fuerza irresistible me dirigía los más días á los sitios en que podría encontrarla.

Una noche había en el teatro principal una gran función; asistí á ella por buscar más bien al objeto de mi tormento, que por divertirme; allí lo encontré, ¡cuán hermosa me pareció! Fijaba en ella la vista, y la brillantez de sus ojos me parecía más preciosa que la de un sinnúmero de joyas que esparcidas con profusión adornaban su cabeza y cuello. Al principio ella no me había visto; luego me vió, y desde este momento, apenas de cuando en cuando quitaba de mi su vista. Yo sentí con estas miradas un nuevo ardor en mi pecho; mi corazón latía con fuerza, mi respiración estaba entrecortada, un sudor general cubría mi cuerpo, y mi espíritu no vivía más que en la presencia de mi amada. Concluida la representación quise salirme para acompañarla ó darle la mano para subir al coche. ¡Ojalá no lo hubiese hecho!

—Manrique, vd. por aquí? me preguntó con aire de admiración.

—He visto á vd. toda la noche, y quise

acompañarla á subir al coche, le dije con tono de franqueza y dándole la mano para llevarla.

—¿Quiere vd. subir? me dijo ya que estaba en su asiento, tendré el gusto de dejarlo en su casa.

Sin aguardar otra oferta, me coloqué á su lado; un hermano suyo ocupaba un asiento del vidrio, y así nos dirigimos á mi casa. En el camino se disculpó de no haber aguardado el día que me lo prometió, y me suplicó encarecidamente pasase el siguiente á la misma hora. Le prometí que allí estaría, y que contase con que ningún resentimiento me quedaba por la falta de que se disculpaba. Llegamos á mi casa, me apé, y el coche siguió su camino; cerca de diez minutos estuve aguardando para que me abriesen la puerta; en este tiempo llegó un hombre embozado en su capa, y me dijo que lo siguiese. Hubiera querido preguntarle quién era, qué quería, á dónde me llevaba... pero impensadamente me ví rodeado de otros tres que amenazándome con dagas me impusieron silencio. Quedé inmóvil, me vendaron los ojos, y me hicieron andar por espacio de un cuarto de hora. Llegamos, al parecer, á una accesoria, según me lo indicó un aire de humedad algo caliente que respiraba, y un suelo de vigas mal reunidas. Me hicieron pasar á un patio, subí luego una escalera, y entré en otra

pieza. Allí me despojaron de todo lo que tenía en el cuerpo, sin siquiera dejarme algo que cubriese mis carnes.

La noche estaba fría, así me sacaron desnudo, y volviéndome á conducir por las mismas piezas que acababa de pasar, salimos á la calle. De cuando en cuando nos parábamos, luego apretábamos el paso, nos volvíamos á parar, y de este modo caniné otro cuarto de hora ó poco más; al cabo de este tiempo me hicieron detener; el cielo tronaba, la claridad de los relámpagos era tan viva que bien los percibía yo á pesar del pañuelo que me cubría los ojos; á pocos instantes un fuerte aguacero vino á bañar mi desnudo cuerpo. Ya nada oía, quise dar tres pasos para ver si alguno me detenía; nada. Metí la mano y bajé el pañuelo de mis ojos, me encontré solo y sufriendo un fuerte aguacero que empapaba mis carnes y enfriaba hasta la médula de mis huesos; á lo lejos distinguía un pequeño farol de sereno. Trataba de reconocer la calle en que me hallaba y no pude; pero después de haber andado hasta el fin de la cuadra conocí la calle de los "Parados." No me molestaba tanto el frío ni el agua, cuanto la consideración de poder ser encontrado por una patrulla ó ronda que me condujese á la cárcel; así es que lleno de sobresalto, y corriendo unas veces, otras quedándome parado porque me parecía que alguno venía,

llegué á mi casa causando espanto, risa, y luego lástima á todos los de ella.

Lleno de ideas funestas quise entregarme al sueño; pero me fué imposible, porque tan luego como mi cuerpo comenzó á calentarse, se apoderó de mí un temblor fuerte seguido de grandes bochornos; al día siguiente conocí que mi cabeza se trastornaba, y sentía todos los síntomas de una ardiente fiebre; siguió á esto una terrible confusión de ideas, mil visiones vinieron á atormentar mi espíritu, y mil dolores aniquilaban mi cuerpo. Veinte días estuve luchando con la muerte sin dar á nadie la más ligera esperanza de que pudiese vivir; pero al fin comencé mi convalecencia, y ví de nuevo abiertas para mí las puertas del mundo.

Un día estaba yo sentado recibiendo en mis piernas el benéfico calor del sol, y deseando tener un rato de conversación para distraerme de una idea que me atormentaba; esta idea era, ya se supone, relativa á L.... Desgraciadamente se cumplió mi deseo, entrando á visitarme un antiguo amigo de mi familia, don José Moren, hombre de unos cincuenta años, chico de cuerpo, de pocas carnes, sin defecto notable alguno, pero sin ningún atractivo, adornado en su peinado y vestidos como una dama de gran tono; jovial, chistoso, pero dejando ver un cierto fondo de falsedad. Sus bie-

nes habían sido cuantiosos; pero el juego y las mujeres habían aniquilado las nueve décimas partes de ellos, y á la sazón se hallaba en vísperas de verse reducido á la última miseria.

--Domingo, me dijo después de algún tiempo de insignificante conversación, tú solo sabes en México el estado de mis negocios; no ignoras que de un momento á otro debo, ó fugarme de aquí para librarme de mis acreedores ó encerrarme en una cárcel para purgar todo el mal que he hecho en mi vida. Tengo hijos, tengo una anciana madre, tengo hermanas que no cuentan con más auxilio que el poco dinero que me queda, y aun éste puedo decir que ya no es mío. Hoy te hablo como buen hijo y buen hermano; quiero sinceramente que no queden pereciendo mi buena, mi desgraciada madre... mis pobres hermanas (y al decir esto enjugaba las lágrimas que salían de sus ojos); en tu mano está el remedio. Escúchame otro rato: he podido realizar... 10,000 ps., temiendo que mi pasión infernal por el juego no me hiciese echar mano de ellos, los he puesto á tu disposición en casa de G... comerciante, cuyo crédito te es bien conocido; he sacado en tu nombre libranza de igual cantidad sobre Jalapa, allí pasarás, tan luego como tu salud te lo permita, y como tuyo este dinero, comprarás unas fincas en los términos que dice

la instrucción que acompaña á la libranza. De este modo conseguiré asegurar una renta, corta en verdad, pero bastante para que aseguren un pedazo de pan estos seres, cuya única culpa es tener en mí un pariente vicioso; así nadie podrá arrebatarnos su sustento, aun cuando se echen sobre todo lo que corre con el nombre de propiedad mía.

Brillaba en sus ojos tal sinceridad, tal arrepentimiento de sus pasados extravíos, que no pude menos de compadecer su suerte y alabar á la Providencia por haberle tocado un momento la fibra más delicada del corazón, el amor filial, y hacerle dar un paso que, á mis ojos, borraba todos los delitos de su vida, del terrible libro de la cuenta final. Considerando, pues, que veinticuatro horas de demora podrían hacerle cambiar de resolución y echar por tierra sus buenos propósitos, le dije que inmediatamente me remitiese libranza é instrucciones para ponerme en camino al día siguiente, si mi médico me lo permitía.

Poco tiempo después de haber salido, entró mi anciano criado con una carta bastante abultada para mí; contenía las instrucciones y libranza de mi amigo. Mientras las examinaba yo, mi buen viejo estiraba el cuello como una garza, tratando de ver lo que aquello contenía.

—Joaquín, le dije, no dice bien en un

criado indagar la correspondencia ó secretos de su amo.

—Perdón, señor, trataba de ver si eran las cartas que durante la enfermedad de su merced traía una criada y recibía el Sr. don José Moren.

—¿Que, las abría?

—No, al menos delante de mí, pero siempre me decía: Joaquín, estas son cuentas que traen del boticario, de la lavandera, etc., etc., y no conviene hacérselas pagar á tu amo, porque actualmente se halla atrasado. Tampoco le digas nunca que yo las pagué, porque conozco su carácter, y se sacrificaría por un dinero que á mí no me hace falta. Mas como yo he sospechado siempre que este señor no es muy honrado, quería saber si después de haberla echado de liberal, salía ahora cobrándole á su merced.

—No, Joaquín, te engañas; aunque malo, tiene rasgos de honradez que yo admiro, y este es uno de ellos.—Ve á casa de mi médico, y dile que tan luego como pueda me haga el favor de pasar á verme.

A los tres días de este acontecimiento iba yo caminando en una litera para Jalapa en consecuencia de la carta siguiente que la víspera de mi partida había yo recibido.

“Querido Domingo, esta tarde vendrá el ministro ejecutor á embargar hasta los muebles de mi casa. Apenas tengo tiempo para salvar algo que pueda sufragar los gas-

tos del viaje de mi madre y hermanas, las que dentro de dos ó tres días se pondrán en camino para Jalapa. Parte lo más pronto posible que sea, que en ello haces un bien que hasta la muerte te agradecerá tu fino amigo.

JOSÉ MORÉN.

Luego que llegué á mi destino, pregunté por el individuo á quien iba dirigida la libranza; nadie me daba razón de él; con arreglo á las instrucciones, pregunté por las fincas de que en ellas se hablaba; nadie las conocía. Al punto sospeché que sería alguna intriga de mi amigo, y lleno de cólera le escribí haciéndole las más duras reconvenciones. Ninguna contestación. Quise ponerme en camino; pero al ponerlo en práctica me hallé sin dinero, sin ropa, sin alhajas, sin crédito, sin amigos, ni aun conocidos. Había traído un criado que mi mismo amigo me procuró para que me acompañase, recomendándome su fidelidad y su buen servicio; y este criado de la noche á la mañana había desaparecido llevándose mi baul y todo lo que poseía de algún valor.

¡Dios mío! ¡qué situación la mía! ¡qué haré en este lugar? ¿con qué pagaré los gastos hechos en este mesón? ¿de qué me alimento hoy? ¿cómo vuelvo á México? Estas reflexiones me hicieron casi llorar y caer en un estado tal de tristeza, que poco

me faltó para volverme á ver postrado en una cama, y en la dura necesidad de morir de hambre. Escribir á México era mi único recurso; pero en verdad allí no había una sola persona á quien pudiese yo pedir un socorro. Huérfano, acostumbrado á trabajar desde mi infancia para comer, metido siempre en mi casa, y siempre ocupado en hacer retratos ó imágenes, todas mis relaciones se reducían á mi criado y mis compradores; aquel estaba en estado de recibir socorro de mi parte, estos eran tan indiferentes para mí, como los habitantes del lugar en que me encontraba. Consolábame la idea de que en aquella ciudad podía ejercer mi oficio; pero luego me venía la reflexión de que necesitaba habilitación y compradores; éstos en una pequeña población son muy raros, aquella no podía yo esperar recibirla de la primera persona á quien la pidiese. Vine en fin, reducido á servir de criado en el mismo mesón en que me hallaba, para tener un pedazo de pan y satisfacer los gastos que había erogado siendo amo.

Un día pasaba yo por la casa de correos, y me ocurrió entrar á ver si tenía yo carta, esperando alguna respuesta á las muchas que había escrito al autor de mi ruina. Había, en efecto, pero ¿cuál fué mi sorpresa al reconocer la letra de L....? Temblaba yo sin saber de qué, y no acertaba á

abrirla.... en fin, después de pasada la primera emoción, leí lo siguiente:

“Me avergüenzo de haber tenido la idea de elevar hasta el título de esposo á un miserable como vd. No le echo en cara ni su oscuro nacimiento, ni su pobreza, ni su destino; sí su intriga, su maldad, su crimen. Vd. creyó conseguir la ruina de don José “robándole” cuanto poseía; pues no se puede dar otro nombre al infame proyecto en que maliciosa y astutamente lo ha hecho vd. entrar. Pero Dios es justo, y vd. pagará su crimen en esta ó en la otra vida. No quiero, sin embargo, que su feo corazón de vd. tenga el gozo de haber arruinado á su rival. El es ya mi esposo..... todos mis bienes son suyos.”

L....

Mi corazón estaba demasiado ulcerado para poder soportar esta nueva y profunda herida; sentí mi máquina en momentos de destruirse; una mano de fierro oprimía mi garganta é impedía mi respiración, el corazón saltaba dentro de mi pecho como un débil pajarillo que oprime la mano del cazador; mi frente goteaba el helado rocío de la muerte; una negra y densa nube rodeaba todò mi cuerpo, y me parecía que estaba metido en el corazón de una montaña.

Maquinalmente me dirigí á la casa de mi amo; al verme tuvo piedad de mí, y creyéndome enfermo, me permitió que entrase á

acostarme. Tuve al fin el inapreciable consuelo de derramar muchas lágrimas, y lograr por este medio volver á mi existencia real.

¡Oh mundo, oh mortales! ¿Cómo podéis inventar tormentos tan infernales para despedazar el corazón de vuestros semejantes? ¿Os admiráis de que haya existido un Nerón, un Eliogábalo, y no reparáis en que los martirios de estos y otros muchos son momentos de gloria comparados con los que vuestro corazón infame prepara á la inocente víctima que elegís? Estas y más lamentaciones salían de mi lastimado pecho, cuando volviendo la cara ví á mi anciano criado, á mi leal Joaquín.

—¡Oh amo mío! exclamó el pobre viejo arrodillándose delante de mi humilde cama, y cubriendo mi rostro de besos y de lágrimas; ¡amo mío!... No, dijo con voz firme y levantándose para tomar una postura noble y llena de orgullo; no, tú no eres mi amo, eres mi hijo, sí, el hijo de mis entrañas, hijo de la desgracia, de la deshonra, del crimen, si así lo quiere el mundo; pero eres mi hijo. Hoy, aquí viéndote postrado en un humilde lecho, sirviendo como un criado, distante de enlazarte con una mujer de las principales de México, seguro, de no hacerte avergonzar reclamando mis derechos de padre, hoy te descubro el secreto que tantos años he guardado. Vengo á curar las heridas de

tu corazón, con el bálsamo divino que la naturaleza me ha dado; ya no eres huérfano, mira á tu padre... ¡hijo mío! ¡hijo de mi vida!... mi hijo....

Yo no podía hablar una palabra, tampoco Joaquín, mi padre; ambos llorábamos, y nos estrechábamos con el lazo de la naturaleza y de la desgracia. Al fin después de algunas horas de reposo, mi padre se sentó junto á mi cama y me hizo la relación siguiente:

“Aún no tenía treinta y cinco años, cuando tuve la desgracia ó mejor dicho la fortuna, de conocer á una joven hermosa, llena de mil prendas que se aprecian mucho en la sociedad, pero que en la realidad no sirven más que para distraer á las jóvenes de las ocupaciones que realmente son útiles, y las preparan para ser buenas madres de familia. Rosa, que este era su nombre, sabía tocar, cantar, danzar, hablar el francés, que entonces era en México una habilidad inaudita, é ignoraba los oficios de la casa, el mecanismo del gobierno, la economía en los gastos; mal cosía, porque era oficio de costurera, sabía criticar ásperamente á la cocinera, pero ignoraba el modo de guisar; nunca lavaba, ni planchaba, ni aun pegaba un botón á unos pantalones. Ya se ve, su madre no sabía dirigir su educación con consejos, y menos con ejemplos; ella era rica, disipada, disoluta, amiga de

tener á su alrededor gentes que la adularan, y en fin, sin tener quien pusiese un freno á sus descarríos. En presencia de Rosa hablaba de sus amores impuros con la misma franqueza que hubiera hécholo con su inmoral amante. Llegaba éste á visitarla, y daba órdenes para que nadie entrase en la casa. ¡Qué fruto podría dar este tronco podrido!

Yo estaba en edad de amar, Rosa era bella, y no podía acercarse á otro hombre más que á mí, que á la sazón era dependiente de la casa. Un día le hablé de matrimonio, aprobó el amor, pero no atendió al fin honesto que le propuse. Nos tratamos luego familiarmente; tuvimos ocasión de vernos en el silencio de la noche y antes de un año tuve necesidad de fugarme con ella, para que en la oscuridad te diese á luz.

A poco tiempo se huyó de mi lado en compañía de un cualquiera; luego la ví con otro, y al fin llena de llagas, de dolores y remordimientos, murió en el hospital de San Pedro de Puebla.

Tuve horror de llamarte hijo, hice que un hermano mío te criase y te educase como huérfano. Dedicó tus primeros años á la pintura, y antes de que cumplieses quince, ya ganabas el pan que te alimentaba, y que luego me alimentó, pues presentándome á tí en calidad de criado, podía verte,

oirte, hablarte, sin desdorar tu nombre llamándote hijo. Al cabo de diez años ví con gozo que L... fijaba en tí los ojos, prendada de tu honradez, tal vez también de tu figura y de tus años. La camarera de L... me había en secreto dado mucho dinero de parte de su ama, para que fuese yo un espía constante de tus acciones, y le diese exacta cuenta de ellas. Como siempre oyó buenos informes, se resolvió á abrirte la puerta de su casa, y luego la de su corazón para que entrases á descubrir su pasión. Todo caminaba con viento en popa, cuando el infierno puso entre tí y L... la sombra de Lucifer, el infame José Morén. Durante tu enfermedad notó este malvado mi cariño hacia tí, y aun me sorprendió un día bañando tu febricitante mano con mis lágrimas. Desde aquel día no supe qué pasaba en mí, que abrumaba mi cabeza día y noche; me hacía dormir con un sueño que nada era suficiente para impedirlo y á pesar mío, á pesar de mi amor por tí, de mil diligencias que yo hacía, era preciso que durmiese día y noche; pero con un sueño de muerte.....El infame derramaba opio en mi pobre olla de carne al tiempo de pasar por mi cuarto, tomándose por pretexto el encender un cigarro, para entrar fumando por temor de la fiebre.

De este modo pudo conseguir apoderarse de las cartas que para tí me traía la ca-

marera de L... y ponerme en un estado tal de embrutecimiento que no podía ni pensar en lo presente, ni acordarme de lo pasado ni prever el porvenir.

—Joaquín, me dijo una vez tu infame persecutor, tú te acuerdas bien de aquellos tiempos de nuestros desarreglos juveniles; mientras tú me ayudabas á seducir y arruinar á la madre de Rosa, yo te ayudaba en tu fuga con esta muchacha. Tuviste en ella un hijo que va librándose de la muerte, y que pronto vas á ver en pie; L... pudiera casarse conmigo si este hijo tuyo no existiese; pero L... no puede casarse con tu hijo existiendo en mi pecho este secreto, pues á ella y al mundo entero lo descubriré, y la sociedad colocará á tu hijo en el lugar que tu crimen lo ha colocado. Si quieres que calle, júrame no hacer cosa alguna que se oponga á mi matrimonio. Yo te restituiré hoy mismo, en onzas de oro, la herencia que corresponde á tu hijo, pues sabes que la madre de Rosa dejó antes de morir 20,000 pesos destinados únicamente para educar á tu hijo; y que habiendo yo sido el albacea, pude retener en mi poder esta cantidad. Ponme un recibo á nombre de él, y aléjense ambos de México cuanto antes. Dentro de ocho días yo encontraré un pretexto para enviar á tu hijo á Jalapa; síguelo, pasen á Veracruz, á España, si es posible, y disfruten allí la vida tranquilamente.

En efecto, aquel mismo día puso en mi poder un cofrecito que contenía alhajas de mucho valor y unas 500 onzas de oro. Creí asegurar tu existencia de aquel modo, y firmé un recibo que él mismo escribió.

Tú salistes de México, y yo me disponía á seguirte, cuando una noche entró en mi cuarto un hombre enmascarado; su salutación fué darme un puñalada en el pecho... caí en el suelo anegado en mi sangre, y no volví á saber de mí hasta al cabo de muchos días que me encontré preso en el hospital de San Andrés, y comenzando á reponerme del mortal golpe que recibí. Viendo que por mis declaraciones nada podía sacarse en limpio, pues yo oculté mis sospechas, me pusieron en libertad. Al punto fuí á buscar mi cofre... el malvado se lo había robado... Pero no pudo robarse un tesoro que yo había escondido debajo de la tierra; 1,000 onzas que en los sesenta años de mi vida he podido ahorrar para dejarte una herencia que remediasse un poco tu desgraciada suerte.

Cuando yo supe que L..... se había casado con el Lucifer de tu existencia, corrí á descubrirle cuanto pasaba... pero ¡oh maldad! todos en aquella casa al verme huían de mí diciéndome: "Arrojen, arrojen á ese infame de aquí... ve, maldito, en compañía de tu digno hijo á disfrutar el robo de nuestro pobre amo... pero no pongas un

pie en esta casa." Y la mano vigorosa de un lacayo arrempujando mi cuerpo me precipitaba por las escaleras. Entonces como mejor pude, cargué con mi oro distribuyéndolo en todo mi cuerpo, y vengo aquí á llorar contigo nuestras desgracias, á enjugar tus lágrimas y á derramar las mías sobre tu pecho, á unirme á tí para no separarme más de tu lado, á tener el consuelo inefable, la beatitud terrestre de llamarte hijo y de oírme llamar padre."

Mi anciano padre al concluir su relación derramó en mi pecho sus lágrimas; yo también lloraba y sollozaba para dar paso al fuego que salía del volcán que tenía en el pecho.

Al fin después de reflexionar maduramente sobre lo que mejor nos convenía hacer, resolvimos permanecer en Jalapa y establecer un comercio entre esta ciudad y Veracruz. Desde este momento todo fué dicha para nosotros; en menos de cinco años conseguimos aumentar nuestro capital tanto, que nos pareció prudente terminar nuestras relaciones comerciales y retirarnos á vivir en el campo tranquilamente.

Una noche leyendo un periódico de Veracruz encontramos el párrafo siguiente:

"José Moren, en otro tiempo hombre rico de México, ha amanecido asesinado cerca del muelle, y se cree, según las indagaciones que se han hecho, que su asesino

ha sido un hombre de la plebe, cuya mujer había sido herida por Moren, una noche que intentó robarla el "pañó."

En vista de esto partí para México con el intento de indagar la situación en que se hallaba L... y ver si aún era tiempo de remediar los perjuicios que probablemente le habría causado su indigno esposo.

A fuerza de investigaciones logré saber que José Moren en menos de un año había disipado, unas veces con astucia y otras por medio de maltratos, todos los bienes de L.... los hijos de ésta habían muerto el año de 833 en la epidemia de Cólera morbus.

—¿Y L.... pregunté á quien me daba estas noticias, qué suerte ha corrido?

—La pobre L.... me respondió, pinta con carbón en las paredes de un pequeño cuarto de la casa de locas, retratos de un hombre, al pie de los cuales pone este letrero: "El Pintor de México:" y más abajo: "Su esposa, fecit."

D. M.

